

LA MISA

El origen de la Misa

Cuando ves una pintura muy grande o escuchas una pieza musical muy larga, es difícil percibir la totalidad de la obra de arte en detalle. Quizás te atrae un color individual utilizado en la pintura o un compás en particular utilizado por el compositor de la pieza musical. Pero con el tiempo, a medida que te familiarizas con la obra, comienzas a apreciar que todas sus facetas encajan perfectamente entre sí. Ahora puedes ver toda la obra de arte como una sola pieza.

La Misa es semejante a una obra de arte compleja. Existen varias partes de la Misa que podríamos separar. Hay procesiones que se llevan a cabo durante la Liturgia. Vemos que los ministros llevan vestiduras. Hay una gran variedad de oraciones, incluyendo la plegaria Eucarística, las peticiones y alabanzas a Dios. Tenemos el espacio litúrgico que incluye el edificio de

la iglesia, el altar, las pinturas de las paredes y otras esculturas. Pueden utilizarse objetos sagrados como el Libro de los Evangelios o un crucifijo. Se entona música que incluye salmos e himnos, recitados o cantados.

La mejor manera de percibir la Misa es, por supuesto, participando regularmente en la celebración. No importa cuántas veces leas un libro que trate sobre una sinfonía en particular o sobre una escultura famosa, nada reemplaza el pasar tiempo con la obra de arte. Por lo tanto, nosotros podemos comprender el ritmo de la Misa y entender lo que sucede en ella si asistimos regularmente.

Es importante tener una descripción general de una obra de arte antes de experimentarla. Así mismo, aprendemos a participar en la Misa si comprendemos sus orígenes y así, sabremos como participar en su totalidad mediante un

encuentro con cada una de sus partes.

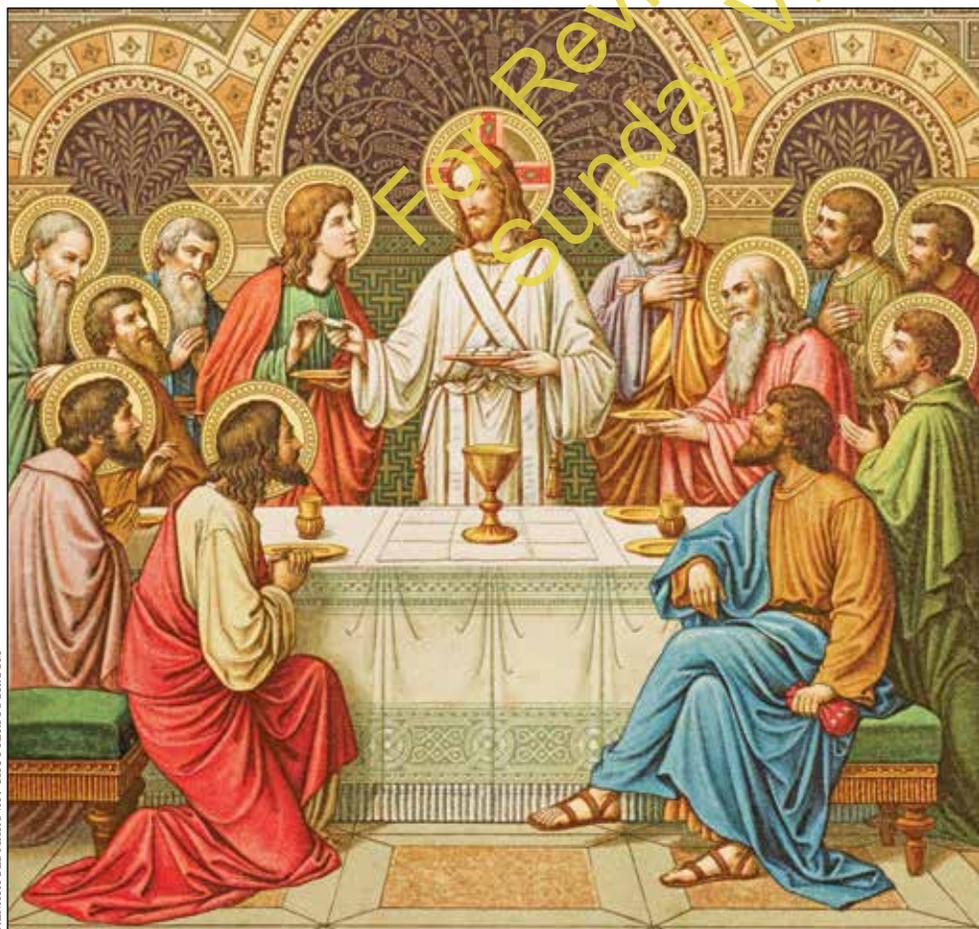
ORÍGENES BÍBLICOS

En muchas iglesias, hay vitrales de la última Cena. Algunos de estos vitrales muestran a los doce apóstoles recibiendo la primera Eucaristía de manos de Nuestro Señor Jesucristo.

Estos vitrales, que por sí mismos son obras de arte, iluminan una dimensión importante de la Misa. La celebración de la Misa en la Iglesia tiene sus orígenes en la celebración de la última Cena. En la noche antes de morir, Jesucristo celebró una cena con matices relativos a la Pascua. En el libro del Éxodo, Dios intervino en la historia de Israel y los rescató de Egipto. Él llamó a los israelitas a celebrar un banquete y a marcar las puertas de sus hogares con la sangre de un cordero. Dios pasaría de largo por esos hogares marcados con la sangre de un cordero y salvaría de la muerte al primogénito de esa familia. Mediante la intervención de Dios en el Éxodo, Israel experimentó la liberación y dejó atrás las cadenas para alcanzar la libertad de la tierra prometida.

Cada año, los hijos e hijas de Israel recuerdan este evento decisivo de su historia. Pertenecer a Israel significa comenzar una alianza con Dios. Dios inició una relación con los hijos e hijas de Israel y así cambió su estilo de vida. Ahora deben seguir la ley, adorar a Dios en el Templo, proteger al huérfano y a la viuda, guardar el sábado y celebrar la Pascua cada año.

La Pascua se convierte en un recuerdo viviente de esta alianza en la



SERIE DE FOLLETOS SOBRE LA MISA

► Parte I - Origen de la Misa

Parte II - Dispuestos a confesar

Parte III - Liturgia de la Palabra

Parte IV - Liturgia de la Eucaristía

Parte V - Comunión de personas

EL BANQUETE PASCUAL

Cristo el Señor, cuando iba a celebrar con los discípulos la Cena pascual, en la que instituyó el sacrificio de su Cuerpo y de su Sangre, mandó preparar una sala grande, ya dispuesta (Lc 22, 12). La Iglesia se ha considerado siempre comprometida por este mandato, al ir estableciendo normas para la celebración de la santísima Eucaristía relativas a la disposición de las personas, de los lugares, de los ritos y de los textos.

— Instrucción General del Misal Romano, Núm. 1

que recuerdan ante la presencia de Dios, las obras maravillosas que él realizó en Egipto. Este recuerdo es también un momento de esperanza. El Dios que actuó en el pasado, lo volverá a hacer una vez más en el presente. Dios traerá una nueva alianza, como lo oímos en el libro de Jeremías, en la que la Ley se escribirá en el corazón del hombre. Los hijos e hijas de Israel obedecerán a Dios por amor.

La noche antes de morir, Jesús celebró una cena que representa la trascendencia de la Pascua. En los Evangelios, Jesús parte el pan, comparte el vino y les dice a sus apóstoles que el pan que les da y el vino que les ofrece, es la sangre de la nueva alianza. La nueva alianza, como la entendemos los cristianos, está sellada en la muerte de Jesús en la cruz y en su posterior resurrección. Cuando los cristianos celebramos juntos este banquete, recibimos el don de esta nueva alianza. El sacrificio de amor se hace presente, comemos y bebemos el Cuerpo y la Sangre de Jesús y nos convertimos en este don en nuestros corazones.

HISTORIA DE LA MISA

Los primeros cristianos celebraban el banquete Eucarístico en los inicios de la Iglesia. Probablemente, las primeras celebraciones de lo que se convertiría en la Misa, se realizaban en el contexto de cenas por la noche en lugares como Roma y Jerusalén. Sabemos por medio de Justino Mártir, quien vivió en el siglo II, que los cristianos se reunían una vez por semana en el día del sol (domingo), escuchaban las escrituras y celebraban este banquete expiatorio.

En el siglo IV, la Eucaristía dejó de celebrarse en el contexto de cenas en hogares privados o en las tumbas de los mártires, y comenzó a celebrarse en lugares públicos. En estos lugares se introdujeron varias partes de la Misa. Se recitaban o cantaban algunos textos oficiales y se escribió la plegaria Eucarística. En la cristiandad primitiva, la Eucaristía se celebraba de diversos modos, dependiendo del contexto cultural. Si alguna vez has asistido a la liturgia Eucarística celebrada según los ritos católicos orientales, has visto que hay varios modos de celebrar la Misa. Estos modos de celebrar la Eucaristía se llaman "ritos". Un rito consiste en las celebraciones tradicionales adheridas a un estilo específico de llevar a cabo el culto cristiano.

El rito romano se fue desarrollando a través de la historia. En la cristiandad medieval, se compusieron nuevas oraciones y piezas musicales para la Misa. Había tal diversidad que el Concilio de Trento (1545-63) elaboró un nuevo libro litúrgico que ayudó a unificar la celebración de la Misa. Hasta el siglo XX, la Iglesia seguía desarrollando su Liturgia, pero el contenido principal seguía siendo el mismo.

En el siglo XIX, los académicos que estudiaban la historia de la Misa comenzaron a reconocer que la Misa del Concilio de Trento era precedida por otras maneras de celebrar la Eucaristía. El movimiento litúrgico de los siglos

XIX y XX vio los beneficios de reformar la Misa para que tanto hombres y mujeres pudieran participar mejor en la celebración de la Eucaristía. Por lo tanto, debían poder cantar los cánticos, comprender la estructura de la plegaria Eucarística y aprender a vivir una vida Eucarística.

En el Concilio Vaticano Segundo, se reformó la Misa para facilitar esta participación en la Eucaristía. Hoy en día, muchos de nosotros celebramos regularmente la Misa en nuestras parroquias. Algunas comunidades aún utilizan el formato anterior, lo que se llama la Forma Extraordinaria de la Misa. Pero la mayoría de los católicos de todo el mundo participamos en la Misa siguiendo el Misal de Pablo VI (que recibe su nombre en honor de san Pablo VI, quien era Papa cuando se promulgó la liturgia reformada).

LA MISA Y LA EUCARISTÍA

Lo que es importante recordar sobre los cambios que la Misa ha experimentado a través de la historia, es que la esencia sigue siendo la misma. En cada Misa, el católico encuentra a Jesucristo en las Escrituras y sobre todo en su Cuerpo y su Sangre. Todas las partes de la Eucaristía contribuyen a nuestro encuentro con la Persona de Jesucristo y nos preparan para vivir nuestra identidad como hijos e hijas del Dios viviente.



Misa al aire libre en el campo romano. Creado por Williams, publicado en L'illustration, Journal Universel, Paris, 1860 - SHUTTERSTOCK

LA MISA

Dispuestos a confesar

En la Misa, entablamos una nueva alianza de amor entre Dios y la humanidad cuando recibimos el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Si esto es verdad, ¿por qué hay tanta gente que se niega a asistir a Misa? En los Estados Unidos, la participación en la Misa es tan baja que se calcula que solo el 20 por ciento de los católicos asisten cada semana.

Si le preguntas a muchos de estos católicos la razón por la que no asisten, te dirían que no obtienen nada al ir a Misa. Una respuesta para esto es recalcar que en la Misa recibimos el regalo del Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Aun así, debemos dar una mejor respuesta (aunque no lo creas). Si la Misa solo consistiera en recibir la Comunión, ¿no sería más corta? ¿Por qué tenemos que cantar tantos himnos? ¿Por qué son tan largas las oraciones? La Misa podría durar unos cuantos minutos.

De hecho, la Misa comprende mucho más que recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo. La Misa es una oración que nos forma como discípulos de Jesucristo. Como discípulos, debemos dejar que cada parte de nuestra vida se convierta

en un espacio en donde el Verbo pueda encarnarse. Dios quiere morar en nosotros, entrar en unión con nosotros.

Pero si vamos a revelar el don de la Misa, debemos aprender a entender la Misa. Esto requiere conocer las palabras que se dicen en la Misa y las diferentes partes de la Eucaristía. Otra cosa importante es llegar a la Misa con una buena disposición para orar.

En la oración, la Iglesia enfatiza la importancia de la disposición, la actitud. Si vas al gimnasio enojado, amargado porque tienes que hacer ejercicio, es probable que el ejercicio no te vaya a beneficiar mucho. De igual manera, si no sabes cuáles son las actitudes con las que debes llegar a Misa, no vas a obtener mucho de las oraciones que pronuncies durante la celebración.

Por tanto, para aprender a orar la Misa, es necesario saber cómo llegar a Misa dispuestos a orar.

LA DISPOSICIÓN PARA CONFESAR

San Agustín escribió un libro sobre la presencia de Dios en su vida titulado:

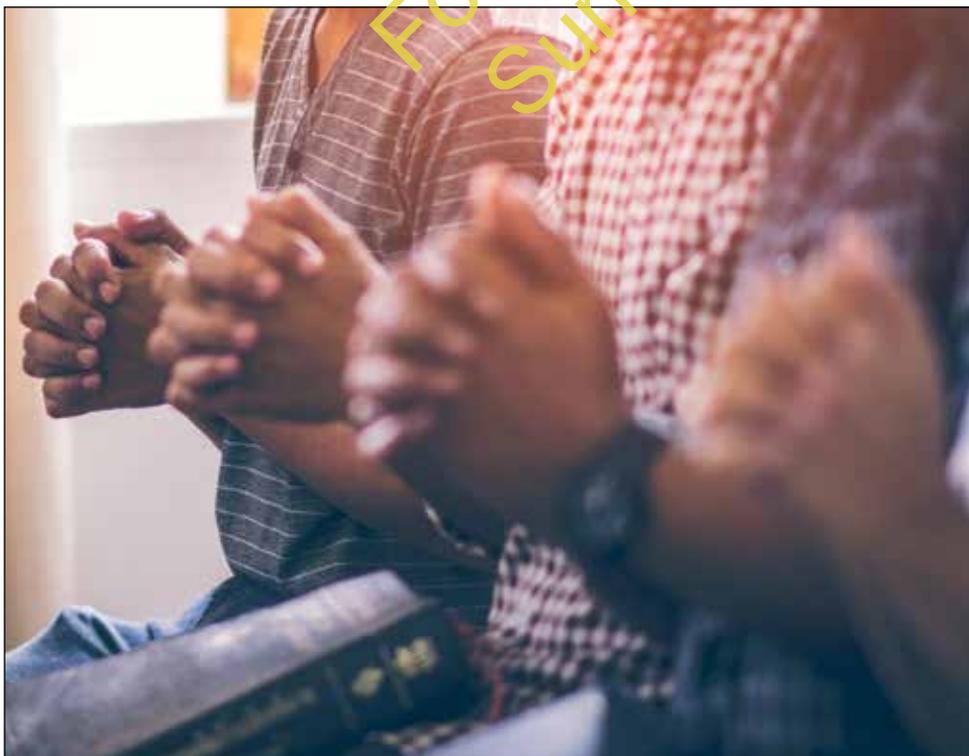
“Vamos a Misa porque somos pecadores y queremos recibir el perdón de Jesús, participar de su redención, de su perdón”.

— Papa Francisco

Confesiones. Los lectores modernos, muy probablemente escuchamos la palabra “confesión” y pensamos solo en el pecado. Para Agustín, la confesión es mucho más que esto. Confesamos nuestros pecados a Dios, pero también confesamos nuestra fe. Confesamos que Jesucristo es el Señor, lo que quiere decir que participamos en un acto de alabanza.

La oración fecunda de la Misa requiere que lleguemos a la celebración con una buena disposición en estos tres aspectos de la confesión. A través de la Misa, confesamos regularmente nuestros pecados ante Dios. Este acto de confesar nuestros pecados no se trata fundamentalmente de sentirse culpable por lo que hemos hecho, sino de reconocer nuestra dependencia total en Dios (y solo en Dios).

Después de todo, el pecado busca que olvidemos que pertenecemos primero que nada a Dios. Cuando mentimos en el trabajo, nos enfadamos con nuestro cónyuge o ignoramos a nuestros hijos, estamos “confesando” que somos, a final de cuentas, el “dios” de



SERIE DE FOLLETOS SOBRE LA MISA

Parte I - Origen de la Misa

▶ Parte II - Dispuestos a confesar

Parte III - Liturgia de la Palabra

Parte IV - Liturgia de la Eucaristía

Parte V - Comunión de personas

PREPARADOS PARA ESCUCHAR

La finalidad de “los ritos que preceden a la liturgia de la Palabra... es hacer que los fieles reunidos constituyan una comunidad, y se dispongan a oír como conviene la Palabra de Dios y a celebrar dignamente la Eucaristía”.

— Instrucción General del Misal Romano, Núm. 46

nuestra propia vida. Presentarnos ante Dios y nuestros hermanos, reconociendo nuestra escasez, es el mejor camino para alcanzar la sabiduría. Es reconocer que somos una criatura, no el creador.

Sin embargo, también debemos conocer más sobre este Dios a quien le confesamos nuestros pecados. Después de todo, es posible que Dios sea un gruñón como nosotros y que también guarde rencor. Pero cada semana confesamos que Dios es el creador, redentor y sustentador del mundo. Dios es la fuente de toda la sabiduría, la bondad y el amor. Este es el Dios glorioso que se hace presente entre nosotros en la persona de Jesucristo, quien nos amó hasta el final. Cualquier otro Dios nunca será suficiente. Solo hay un Dios verdadero.

Y este Dios es toda bondad y toda hermosura. Esta es la razón por la que debemos aprender a alabarlo. Alabar no significa solamente cantar una canción que nos gusta, sino que es reconocer que solo Dios es Dios. Estamos incompletos hasta que entregamos nuestra vida a Jesucristo. Alabar a Dios, es decir, confesar su gloria, es la única fuente de sabiduría para sus criaturas.

Si deseamos estar preparados para la confesión durante la Misa, debemos practicar esto durante el día. ¿Cuántas veces pensamos en las ocasiones en las que hemos fallado y nos hemos convertido en dioses en lugar de adorar a Dios? ¿Con cuanta frecuencia confieso las cualidades de Dios y reconozco que solo él es la fuente de toda sabiduría? ¿Con cuanta frecuencia hago una pausa en mi día para alabar y deleitarme en la maravillosa gloria de Jesucristo?

CONFESAR A DIOS EN LOS RITOS INICIALES

La mayoría de las personas nos preparamos para confesar que somos pecadores durante el inicio de la Misa. Este es el momento en el que reconocemos la bondad de Dios y lo alabamos como la cima de todo lo que significa ser humano.

¡Nuestro primer acto de confesión es asistir a Misa! Hay muchas otras cosas que podríamos hacer, desde ir a un juego de fútbol hasta quedarnos en la cama. No obstante, al organizar nuestro día en torno a la Misa, estamos proclamando que Dios es la única verdad en nuestra vida. Si el secreto de la vida es simplemente vivir, el secreto de la Misa es estar presente.

También confesamos a Dios en los ritos iniciales mediante diversos gestos. El sacerdote hace una reverencia ante el altar, lo besa y nos muestra que la piedra (el altar) en el que nos reunimos no es solamente una mesa. Ese es el lugar en el que Dios se hace presente, en donde recibimos nuestra identidad como hijos de Dios. Hacemos la señal de la cruz y confesamos ante todos que Jesucristo es nuestro Señor.

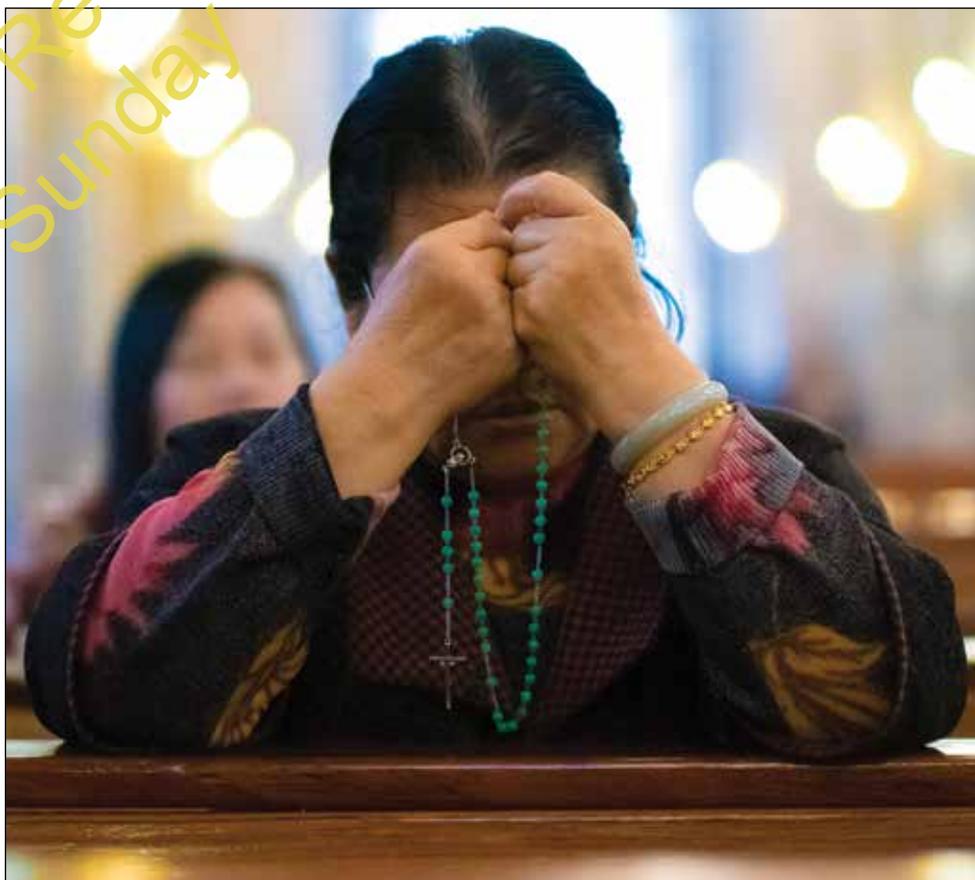
En el acto penitencial confesamos nuestros pecados, en este momento reconocemos ante Dios y nuestros

hermanos que no estamos completos. También reconocemos que la comunión de amor que compartimos en la Iglesia es la única manera en la que podemos estar completos. Los santos interceden por nosotros.

Todos los domingos del año, con excepción del Adviento y la Cuaresma, cantamos un himno antiguo llamado *Gloria in Excelsis*. Este himno nos prepara para participar en nuestra vocación como aquellos que fueron creados para alabar a Dios. Nunca lograremos alabar a Dios lo suficiente, ya que Dios es la fuente de toda gloria.

DISPUESTOS A CONFESAR

En resumen, confesar a Dios nos convoca a asumir nuestra vocación como personas creadas para alabar. En esta época, en la que muy frecuentemente existe un ambiente de culpa y resentimiento, los católicos estamos llamados a vivir de otro modo. Ser plenamente humano significa alejarnos de este modo de vivir tan atroz en el que todos tienen la culpa, excepto nosotros mismos. Por el contrario, reconocemos, como San Agustín, que algo nos falta. La única manera de estar completos es volvernos a Dios, quien es la fuente de toda sabiduría y amor.



LA MISA

La Liturgia de la Palabra

¿Alguna vez has visitado una casa en la que habías vivido antes y que no habías visto en años? Cuando te acercas a ella por la calle, comienzas a recordar el tiempo que pasaste ahí, sobre todo si eras un niño. Quizás recuerdes andar en bicicleta y visitar a los amigos que vivían en la casa de al lado. El olor en el aire puede traer recuerdos de una estación particular del año. Seguramente recordarás acontecimientos importantes que sucedieron mientras vivías en esa casa.

La capacidad que el hombre tiene para recordar algunas veces es impresionante. Los niños pequeños solo necesitan que les digan el nombre de una cosa específica una o dos veces antes de ser capaces de recordar el nombre por sí solos. Cuando nos reunimos en familia durante las fiestas navideñas, podemos

recordar muchas cosas sobre el pasado. La memoria es un regalo extraordinario que Dios nos dio.

LA DISPOSICIÓN DE LA MEMORIA

Aunque tenemos una increíble capacidad para recordar acontecimientos importantes, la memoria no solo es la habilidad para recordar algo, para pensar en lo que sucedió en el pasado. La memoria también está vinculada a nuestra identidad. Los recuerdos que tenemos determinan quiénes somos y quiénes estamos llamados a ser. Cuando recuerdo un libro que leí, no solo pienso en la trama, sino que pienso en lo que sentí al leerlo, las reflexiones que vinieron a mi mente y la forma en la que dicha lectura cambió mi vida. Si el libro es una obra de ficción, quizá podría pensar en

la forma en la que éste cambió la manera en la que veo el mundo después de haber conocido los personajes de la historia.

Al asistir a Misa, debemos llegar a la celebración con este sentido amplio de la memoria. A final de cuentas, los católicos contamos las mismas historias una y otra vez. Recordamos lo que Dios logró con la alianza con Israel. Recordamos la Encarnación, el sufrimiento, Muerte, Resurrección y Ascensión de Jesucristo. Recordamos las vidas de los santos y la esperanza del mundo que está por venir.

Pasamos mucho tiempo recordando porque estamos aprendiendo a vernos como parte de esta historia. Si pones atención a la cultura moderna, te darás cuenta de que se cuentan muchas historias. Tenemos la historia que dice que la fama y la fortuna es lo que hace al hombre feliz. Tenemos la historia de que el hombre es el único que importa y es el único que puede hacer algo en la sociedad. Tenemos la historia de que fuimos creados para trabajar constantemente.

Los católicos profesamos otra historia. El significado del mundo no radica en la fama o la fortuna. El hombre no fue creado solamente para ser eficiente y trabajar. Más bien, el hombre fue creado para participar en la vida del propio Dios. La única historia que hace que todas las otras tengan sentido, es que Dios está presente en nuestra vida.

Y Dios está profundamente involucrado en nuestra vida. Cuando escuchamos las Escrituras en la Misa, no solo estamos recordando lo que sucedió hace mucho tiempo en una tierra



SERIE DE FOLLETOS SOBRE LA MISA

Parte I - Origen de la Misa

Parte II - Dispuestos a confesar

▶ Parte III - Liturgia de la Palabra

Parte IV - Liturgia de la Eucaristía

Parte V - Comunión de personas

ALIMENTO PARA LOS CREYENTES

“La liturgia de la Palabra es parte integrante de las celebraciones sacramentales. Para nutrir la fe de los fieles, los signos de la Palabra de Dios deben ser puestos de relieve: el libro de la Palabra (leccionario o evangeliario), su veneración (procesión, incienso, luz), el lugar de su anuncio (ambón), su lectura audible e inteligible, la homilía del ministro, la cual prolonga su proclamación, y las respuestas de la asamblea (aclamaciones, salmos de meditación, letanías, confesión de fe)”.

— *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1154

muy lejana. Estamos recordando que Jesucristo es completamente humano y divino. Él es quien fue resucitado de la muerte. ¡Él es el Señor!

Por tanto, Dios sigue trabajando hoy mismo en medio de nosotros. Cada parte de nuestra vida puede entenderse a través de la historia que Dios nos ha dicho sobre él mismo y sobre nosotros.

Por esta razón, tenemos que pasar tiempo escuchando esta historia.

¿Leemos las palabras de las Escrituras?
¿Las vidas de los santos? ¿Reflexionamos sobre el significado que esta historia tiene en nuestras vidas? ¿Pasamos tiempo en silencio ante las Escrituras, permitiendo que las imágenes penetren hasta la médula de nuestros huesos?

RECORDAR A DIOS

En cada Misa, utilizamos este sentido más profundo de la memoria al recordar lo que Dios ha logrado por medio de Jesucristo.

Los ritos introductorios de la Misa terminan con la oración colecta. Esta oración reúne las oraciones individuales de toda la comunidad. La comunión se logra recordando.

La oración colecta tiene cuatro partes. Primero, comienza dirigiéndose a Dios. Al mencionar el nombre de Dios, recordamos que somos sus hijos, criaturas del creador y redentor. Segundo, la oración recuerda lo que Dios ha hecho. Para el cristiano, Dios no es un principio abstracto, sino que participa

de nuestra historia. Dios rescató a Israel de la esclavitud, liberó a los hombres del pecado y la muerte mediante Jesucristo y ha formado hombres y mujeres santos durante la historia de la Iglesia. Tercero, la oración colecta pide que Dios actúe una vez más, a la luz de lo que ha logrado en el pasado. El Dios que salvó a la humanidad, actuará hoy también. Por último, la oración colecta concluye con una frase corta en la que pedimos que nuestra oración sea escuchada mediante el poder de Jesucristo y el Espíritu Santo. De este modo, recordamos que nuestra capacidad es, ante todo, un don de Dios, algo que Dios logra a través de nosotros.

La Liturgia de la Palabra se lleva a cabo en la Misa dominical mediante la lectura de las Escrituras. Durante la mayor parte del año, la primera lectura es del Antiguo Testamento. Esta lectura nos ayudará a reflexionar más profundamente sobre el Evangelio. Durante la Pascua, la primera lectura se tomará de los Hechos de los Apóstoles, describiendo la primera época de la Iglesia. Después de la primera lectura, cantamos el salmo. El salmo hace que toda la Iglesia responda ante las maravillosas obras que Dios ha hecho. No somos espectadores pasivos que simplemente escuchan una historia, sino que hemos experimentado la redención. La segunda lectura es de una epístola o, durante la Pascua, del libro del Apocalipsis. Las palabras de la Iglesia primitiva hacen eco una vez más ante nosotros, ya que las cartas dirigidas a alguna comunidad en particular continúan dando sabiduría a la Iglesia aquí y ahora.

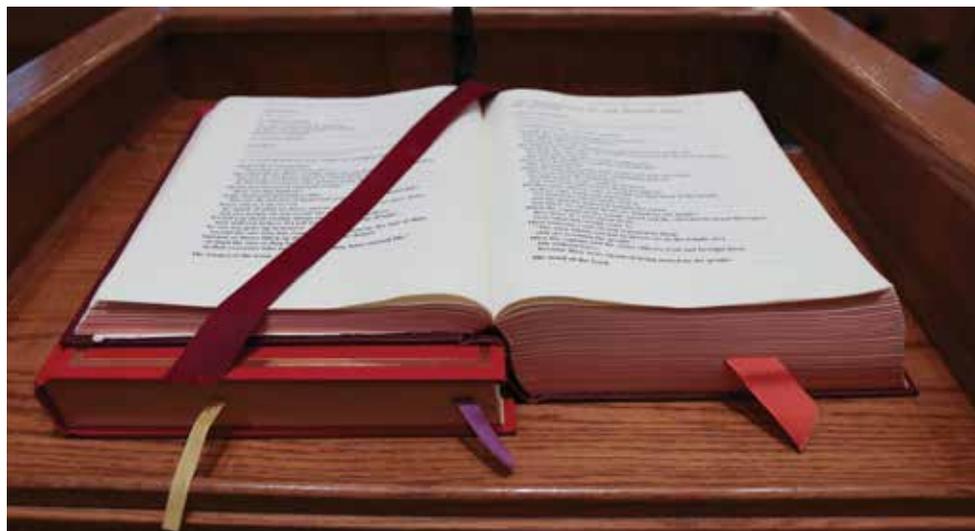
Por último, escuchamos el Evangelio. El Libro de los Evangelios normalmente se presenta con incienso y

velas. Cantamos un himno de alabanza, diciendo Aleluya, alabando a Dios que está presente entre nosotros. El sacerdote besa el Libro de los Evangelios, pidiendo a Dios que su voz se convierta en nuestro lenguaje. Luego escuchamos sobre la vida de Jesús, no como una historia que sucedió en el pasado, ya que Jesús está completamente vivo y sus palabras interrumpen nuestra visión limitada de lo que significa la felicidad humana. La homilía explica el significado de las palabras de Jesús y nos permite escuchar la manera en la que Jesús nos habla aquí y ahora.

La profesión de fe y la oración universal están unidas a este acto de conmemoración. La profesión de fe, es decir, el Credo, es un resumen de todo lo que la Iglesia cree. Además, es el mismo Credo que se profesó en nuestro Bautismo y Confirmación. Estas palabras, que hemos escrito en nuestra memoria, forman parte de nosotros. Ofrecemos la oración universal, o peticiones, porque hemos recordado lo que Cristo ha logrado, recordamos nuestra identidad. Somos hijos e hijas del Dios vivo y debemos interceder por el mundo.

DISPUESTOS A RECORDAR

Los católicos tenemos la vocación de recordar lo que Jesús logró. Dios no es solamente un creador ausente, quien realizó un par de cosas y luego desapareció. Dios es el que creó, redimió y que ahora santifica toda la creación. Esto quiere decir que Dios no solamente actuó en el pasado, sino que sigue haciéndolo aquí y ahora. Entre más recordemos lo que Dios hizo en el pasado, podremos ver mejor lo que hace en nuestras vidas hoy en día.



LA MISA

Liturgia de la Eucaristía

Cualquier padre sabe que el amor por nuestros hijos nos hace capaces de realizar sacrificios que nunca pensamos que fueran posibles. Los padres de un recién nacido renuncian al sueño sin pensarlo dos veces para alimentar y cuidar a su bebé durante la noche. Los padres de un adolescente manejan cientos de millas para llevar a su hijo a un evento deportivo, deseando que este prospere y triunfe. Aun las largas jornadas de los padres son actos de amor y sacrificio. Queremos que nuestros hijos tengan una mejor vida de la que tuvimos nosotros, así es que tomamos varios trabajos para ahorrar dinero para que puedan asistir a una escuela en la que puedan cultivar sus talentos.

Muchos padres nunca describirían estos actos de amor como un sacrificio. Esto se debe en parte a que no comprendemos correctamente el significado del sacrificio. Tendemos a pensar que el sacrificio es un acto de dolor que en ocasiones conduce a un menoscabo, en lugar de llevar a la verdadera felicidad. En la Cuaresma, ofrecemos como sacrificio dejar de ver la TV o de comer chocolate, sabiendo que es un proceso doloroso que podemos hacer para alabar a Dios.

Sin embargo, este es una idea

errónea del sacrificio. El sacrificio no solo supone dolor. El verdadero sacrificio engendra gratitud, una respuesta total a un regalo que hemos recibido

LA DISPOSICIÓN PARA EL SACRIFICIO

Israel realizó muchos sacrificios para Dios. Uno de estos sacrificios incluía los primeros frutos. Israel tomaba los primeros frutos de la cosecha y los traía ante el sacerdote. Este recordaba las obras maravillosas que Dios había realizado cuando entregó la tierra prometida a Israel.

Se suponía que Israel ofreciera los primeros frutos, pero, el problema con el sacrificio en un mundo imperfecto dominado por el pecado es que la gratitud es difícil de practicar. Israel comenzó a temer que ya no iban a tener otros frutos que la siguiente cosecha no iba a llegar, así es que se aferraron a estos frutos y no ofrecieron el sacrificio debido a Dios. El lado opuesto del amor en un mundo perfecto es la mezquindad, el deseo de controlar en vez de dar.

Cuan lo Jesucristo dice que su vida y muerte con un sacrificio, no solo se refiere a su crucifixión y al sufrimiento que padecerá en el Calvario. Jesús se refiere a que toda su vida es un don de

amor que él ofrece al Padre. Cuando nació en Belén, celebró con los novios en Caná, sanó a los enfermos, dio de comer a los hambrientos el pan del cielo, lavó los pies de sus discípulos en la última Cena, Jesús estaba entregando toda su vida como un regalo a Dios. Pero los hombres no respondieron correctamente a este regalo de amor y lo crucificaron porque no podían creer que este tipo de amor fuera posible. Ellos rechazaron el sacrificio.

Esta es la maravilla de la cruz. Jesús es completamente humano y divino, tal y como la Iglesia profesa. Cuando es azotado, coronado con espinas y crucificado, es el Dios-hombre quien experimenta lo peor que la humanidad puede darle. Sin embargo, él responde con un amor total y absoluto. Cuando resucita de entre los muertos por el poder del Padre y del Espíritu Santo, vemos que la gratitud y el amor absolutos vencen incluso a la muerte. Jesús asciende al cielo, marcado con estas heridas gloriosas de amor, se sienta a la derecha del Padre y ahora ofrece su propio Cuerpo como un sacrificio eterno de amor.

Esto es lo que la Iglesia quiere decir cuando menciona que la Misa es la participación en el sacrificio de Cristo. Él ahora es nuestro sumo sacerdote, quien intercede ante el Padre por toda la humanidad. Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, no se trata solo de una comunidad local que se reúne para recordar a Dios. En la Misa entramos a la lógica del sacrificio de la cruz y la resurrección. El amor es el significado de



SERIE DE FOLLETOS SOBRE LA MISA

Parte I - Origen de la Misa

Parte II - Dispuestos a confesar

Parte III - Liturgia de la Palabra

▶ Parte IV - Liturgia de la Eucaristía

Parte V - Comunión de personas

la vida, no el poder, ni el prestigio, ni la mezquindad.

Por tanto, antes de celebrar cada Misa, debemos preguntarnos si vivimos según esta lógica. ¿Participamos en el reino del pecado y la muerte, buscando el poder por encima del amor? ¿Con cuánta frecuencia reflexionamos sobre la vida de Cristo y vemos el amor que el Dios-hombre nos ofrece a cada uno de nosotros?

EL SACRIFICIO DE DIOS EN LA LITURGIA

La palabra Eucaristía significa acción de gracias. En este sentido, la Liturgia de la Eucaristía es todo lo que se hace para prepararnos para recibir el amor expiatorio de Cristo en la Eucaristía.

La Liturgia de la Eucaristía comienza con el ofertorio. Presentamos a Dios el pan y el vino, los primeros frutos de la tierra. Jesús usó pan y vino en la última Cena. Pero el pan y el vino también representan la totalidad de la vida humana que los hombres le presentan a Dios. Dios creó el mundo para ser fértil, y los hombres tiene el poder de recibir esta creación y presentarla a Dios.

Después del ofertorio, la Iglesia comienza con la gran oración de la Misa: la plegaria Eucarística. Mientras que el sacerdote hace esta oración verbalmente, toda la Iglesia la ofrece a Dios.

La plegaria Eucarística comienza con una acción de gracias o prefacio. Aquí, recordamos una vez más las obras maravillosas que Dios ha realizado por medio de Jesucristo. Durante el año nos enfocamos en una dimensión de la salvación, alabamos a Dios por su segunda venida (como en el Adviento) o por la oportunidad que nos da de ayunar, orar y dar limosna (como en la Cuaresma).

La oración continúa con la aclamación Santo, Santo, Santo, un himno de los primeros cristianos que se utiliza en la Misa antes del segundo milenio. Este himno incluye textos de Isaías, así como palabras utilizadas por la multitud para recibir a Jesús en su entrada a Jerusalén. Al cantar este himno, reconocemos que la Eucaristía no es solo un banquete que celebramos de manera aislada, sino que toda la Iglesia participa en el sacrificio celestial de Cristo. No estamos solos, sino que toda la comunidad de ángeles y santos

“Jesús se convirtió en el Pan de Vida que nos da la vida”.

— Santa Teresa de Calcuta

ofrecen con nosotros este sacrificio.

La oración continúa con la epíclesis, o el llamado al Espíritu Santo. Cuando celebramos la Misa, no solo nos enfocamos en nuestro sacrificio, en nuestras acciones. Más bien, Dios nos brinda la posibilidad de ofrecer este sacrificio de alabanza. El pan y el vino se transformarán en el Cuerpo y Sangre de Cristo por el poder del Espíritu Santo. Por esta razón, pedimos que este Espíritu esté presente, que Dios obre una vez más entre nosotros.

La Iglesia pasa después a la narración de la institución o consagración. El sacramento de la Eucaristía se basa en el sacrificio original de Jesús, la nueva alianza que él propició mediante su muerte y resurrección. Cuando recordamos la última Cena, no solo nos enfocamos en este momento específico de la vida de Cristo, sino que recordamos que Jesús instituyó este sacrificio sacramental para que siempre pudiéramos tener acceso a los frutos de su amor. Este también es el momento en el que Cristo se hace plenamente presente entre nosotros. Ya no hay pan y vino en el altar, sino solamente el Cuerpo y la Sangre de Cristo, que se nos dan bajo la apariencia del pan y el vino. ¡El mismo cuerpo que alimentó a los discípulos nos alimenta ahora a nosotros!

Después de una corta aclamación de alabanza, la plegaria Eucarística pasa a la anámnesis y la oblación. *Anámnesis* es una palabra griega que significa memoria. Habiendo recordado el sacrificio de Jesucristo, el Dios-hombre quien ahora está presente entre nosotros, la Iglesia recuerda toda la vida de Cristo

una vez más, incluyendo su segunda venida. Después viene la oblación. Hemos recibido la presencia del amor infinito, el sacrificio de Cristo. Ahora ofrecemos este sacrificio de vuelta al Padre. Este regalo que devolvemos no solo es algo individual. Cada uno de nosotros recibe los frutos de esta comunión, por lo que la Iglesia nos reúne en un vínculo de amor más profundo. El sacrificio de Cristo nos acerca a vivir en comunión con la Iglesia.

La plegaria Eucarística refleja esta comunión al pasar a una serie de oraciones de intercesión. Pedimos por una unión más profunda con el papa, el obispo local, la Comunidad de los Santos y con los vivos y difuntos. El sacrificio de Cristo tiene consecuencias globales. No fuimos hechos para vivir el uno para el otro, sino para vivir la comunión de la Iglesia, una comunión que debe transformar a toda la familia humana.

La gran oración de la Eucaristía concluye con una doxología. Ahora invocamos de nuevo a la Trinidad. Comenzamos la oración ingresando a la liturgia expiatoria del cielo y la concluimos haciendo referencia a este sacramento eterno de amor del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

SACRIFICIO DE AMOR

Durante el trascurso de nuestra vida, los católicos escucharemos la plegaria Eucarística miles y miles de veces. Sin embargo, esta no es una oración que llegaremos a dominar o que nos aburrirá, porque, mediante ella tenemos un encuentro con el sacrificio de amor de Cristo. Es en este sacrificio en el que podemos restaurar gradualmente nuestra identidad como criaturas hechas para la gratitud, para amar hasta el final y no para actuar de manera mezquina como lo hacemos en la vida contemporánea. No podemos cansarnos de la plegaria Eucarística porque, ¿quién se cansa de amar hasta el final?



LA MISA

Comunión de personas

Muchos eventos masivos están diseñados para suscitar una experiencia de comunión. Vamos a juegos de fútbol porque experimentamos, por lo menos durante unas cuantas horas, lo que significa pertenecer a un cuerpo colectivo. Cuando en los conciertos escuchamos la misma música que escuchamos en casa, podemos disfrutarla con una comunidad mucho más grande. Inclusive los mítines o las protestas políticas nos permiten experimentar lo que significa ser un residente de los Estados Unidos. Hay cantos y bailes, es el tipo de reunión que ocasiona la comunión de muchas personas.

En cada uno de estos eventos, experimentamos una comunión que gira en torno al trabajo de los hombres, no de Dios. Los juegos de fútbol reúnen a los seguidores de un equipo en contra de otro. Los conciertos ofrecen un momento de escape del mundo real, en el que nuestros vecinos nunca bailarían con nosotros. Las fronteras políticas cambian,

y este país o el otro podrían desaparecer en el futuro.

Probablemente anhelamos pertenecer una comunidad que sea más grande que nosotros, pero estos momentos de comunión pasarán inevitablemente, ya que son experiencias limitadas de cercanía.

LA DISPOSICIÓN PARA LA COMUNIÓN

Por esta razón, la comunión no puede reducirse a ser simplemente una creación humana, sino que debe recibirse como un regalo conferido por Dios.

En el último libro de las Escrituras escuchamos sobre la comunión que los hombres estamos destinados a experimentar. El libro del Apocalipsis, que con frecuencia es confundido con una predicción del futuro, nos ofrece una visión de comunión que trasciende los intereses egoístas del hombre. El Apocalipsis es un libro violento, en el que se presentan guerras entre los miembros de la ciudad de los hombres.

Y, sin embargo, en el libro del Apocalipsis, la violencia no tiene la última palabra. Durante sus páginas, podemos vislumbrar la comunión que puede ser posible gracias al sacrificio de Cristo. La Comunión de los Santos se reúne en torno al Cordero que fue inmolado, ofreciendo el sacrificio de alabanza que da esperanza a todas las naciones. En última instancia, este sacrificio de alabanza descenderá del cielo a la tierra.

La salvación en el Apocalipsis no se describe como un fenómeno individual, en el que cada persona experimenta la salvación por sí sola. La salvación, más bien, se experimenta en el contexto de una ciudad, una morada común en el que habitan hombres y mujeres, reunidos mediante la sangre del Cordero inmolado.

No debería de sorprendernos que la Misa sea fundamental para experimentar esta comunión profunda con Dios y la humanidad. En el Evangelio de Juan, justo después de la última Cena, Jesús les da un mandamiento nuevo a sus discípulos: deben amarse entre sí, así como el Hijo ama al Padre. Este amor vendrá como un don del Espíritu que unirá por siempre a los discípulos entre sí. El amor que Jesús manifestará en la cruz y que ofrece a todos los hombres, será también el vínculo que unirá a los discípulos dentro de la Iglesia.

Antes de comenzar la Misa, debemos pensar en nuestra capacidad para entrar en comunión. ¿Llego a celebrar la Misa anhelando a Dios, deseando tener una comunión más profunda con él? ¿Amo

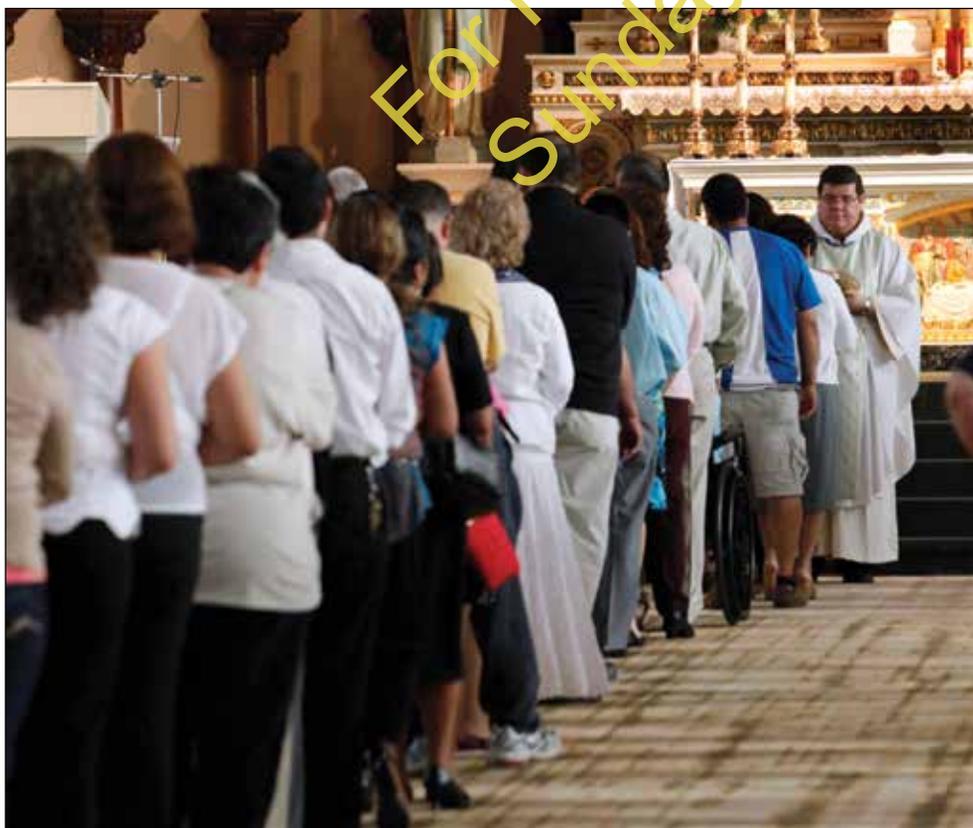


FOTO: KAREN CALLAWAY

SERIE DE FOLLETOS SOBRE LA MISA

Parte I - Origen de la Misa

Parte II - Dispuestos a confesar

Parte III - Liturgia de la Palabra

Parte IV - Liturgia de la Eucaristía

▶ Parte V - Comunión de personas

“Si ustedes son el cuerpo de Cristo y sus miembros, sobre la mesa del Señor está puesto el misterio que ustedes mismos son: reciben el misterio que ustedes son. A eso que son, respondan “Amén”, y al responder (así) lo revalidan. Escuchan, pues: “Cuerpo de Cristo”, y responden: “Amén”. Sean miembros del cuerpo de Cristo, para que su “Amén” responda a la verdad”.

— San Agustín

a mi prójimo, quien quiera que este sea, con un corazón fervoroso?

EL RITO DE LA COMUNIÓN

Después de la plegaria Eucarística, la Iglesia comienza la celebración del rito de la Comunión. Si nos basamos solamente en el contexto, podríamos ver este momento como una ocasión para preparar a cada persona individualmente para recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Pero esto no es suficiente. Mediante su recepción personal del Cuerpo y la Sangre de Cristo, la Iglesia se une y recuerda una vez más que fue creada para ofrecer esta comunión de amor a toda la familia humana.

La Iglesia comienza el rito de la Comunión con el Padre Nuestro. Estas palabras que Jesús nos dio demandan que nos dirijamos a Dios, no en primera persona, sino en plural. Dios es el Padre de toda la familia humana, que nos brinda el pan de cada día y que nos pide que moremos juntos en una comunión de amor. Debemos perdonar a los demás todos los días, así como Dios nos perdona. Recibir la misericordia divina significa también ofrecerla a toda la familia humana.

El saludo de la paz prolonga este llamado a la comunión. Este saludo no es un momento para simplemente

dar un beso a nuestro cónyuge o a nuestros hijos, sino que es el llamado a convertirnos en la comunión que vamos a recibir. Si deseamos recibir el amor de Cristo, debemos crear un espacio en nuestro corazón para amar a toda la familia humana.

En este momento de la Misa, comenzamos a prepararnos para recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Cantar el himno del Cordero de Dios es un acto de fe. Lo que vemos en el altar parece pan y vino, pero en realidad se trata del Cordero de Dios, que derramó su sangre por la familia humana. Estamos llamados a celebrar un banquete, una fiesta, no a vivir en medio de la violencia y los vicios. Esta es la fiesta de los que se reúnen en torno al amor apacible del Cordero inmolado.

Ninguno de nosotros es digno de este amor, de esta comunión que nos lleva a la unidad con Dios y con los demás. Por esta razón, pedimos que, así como Jesús entró a la casa del hombre que no podía caminar, también entre en nuestro hogar.

Cada uno de nosotros recibe el Cuerpo y la Sangre de Cristo. La Iglesia requiere que lo recibamos sin pecado. Esto no significa que Jesús no pueda con el pecado, sino que estamos recibiendo todo el amor que puede llenar el corazón humano. Si recibimos este amor sin saber lo que estamos haciendo, separados de la comunión con la Iglesia, no podemos beneficiarnos de este regalo.

Este momento de la Misa necesita y requiere un poco de silencio. No se trata del silencio de una persona que está sentada y aislada de los demás, sino que es un silencio común de aquellos que reflexionan juntos sobre el regalo de amor

que acaban de recibir.

Este momento de silencio concluye con una oración, una bendición. Luego se nos envía a adorar al Dios vivo en el mundo. Al haber recibido este don de comunión, estamos llamados a convertirnos en esta misma comunión para nuestros hermanos necesitados. Para muchos de nosotros, la oportunidad se presentará inmediatamente en nuestros hijos que nos pedirán de comer justo después de la Misa. O quizás será nuestro cónyuge que sufre de demencia y requiere que nos sentemos a su lado.

En otras ocasiones, tendremos que ir a lugares en los que podremos ofrecer ese amor. Tendremos que pedir la gracia de Dios mediante la oración para amar a ese compañero de trabajo que es tan molesto, o para dar perdón cuando es difícil hacerlo.

La comunión de la Misa no se supone que nos afecte solamente de forma individual. Estamos llamados a ofrecer nuestras vidas a Dios, a hacer de toda nuestra vida un sacrificio Eucarístico.

DISPUESTOS A COMULGAR

De algún modo, recibir la Comunión es el momento más íntimo de la Misa. Es algo personal que nos permite experimentar los frutos del sacrificio de Jesús en nuestros propios labios. Comemos y bebemos la presencia del Dios vivo.

Pero esa comunión no solo se trata de una experiencia individual, un regocijo interior que sucede al margen del resto de la familia humana. Al haber celebrado el banquete del Cuerpo y la Sangre de Cristo, esta comunión se convierte en un sacrificio de alabanza para el mundo.

